

ELECCIONES EUROPEAS EN 1978

EDUARDO HARO TECGLÉN

EN junio de 1978, si no hay obstáculos importantes —y podría haberlos—, se celebrarán las primeras elecciones generales para el Parlamento europeo. No es seguro, ni siquiera demasiado probable, que España pertenezca entonces a la Comunidad Económica Europea. Sin embargo, es inevitable que llegue a pertenecer y a participar plenamente en todos sus organismos. Hay muchas opiniones en contra, principalmente las de quienes quieren conservar ciertas peculiaridades económicas del país y sus propias distancias políticas. Sin embargo, España difícilmente podría subsistir en el momento en que los grandes países europeos formasen un auténtico bloque político y económico, lo cual está todavía lejos, o existiría en otra clase de dependencias.

La idea de celebrar elecciones generales para el Parlamento europeo en una misma fecha en los hasta ahora nueve países de la Comunidad está ya decidida por los Gobiernos (el inglés es el más reticente, en razón de la división de la opinión pública del país: un 40 por ciento de británicos aún propugnan la retirada de la CEE, y el Gobierno laborista, que está ahora en pequeña minoría en los Comunes, no desea llevar a cabo un debate profundo sobre el tema), aunque falten las ratificaciones de los Parlamentos (el único país que la ha ratificado, en su Cámara Baja, es Italia). Puede esperarse que en los quince meses que faltan para las elecciones se consiga el acuerdo. Por lo pronto, los grandes partidos políticos se están preparando ya para ellas y están buscando formas internacionales de acuerdo.

Sin embargo, persisten movimientos encontrados. Políticos o simplemente mentales. Mientras hay una tendencia centrípeta a considerar la unidad europea como forzosa y necesaria, no sólo como fuerza capaz de mantenerse en equilibrio con respecto a las dos grandes presiones mundiales —la de Estados Unidos y la de la Unión Soviética, que, en sí, son ya unidades federales—, hay un resurgimiento de las fuerzas centrífugas: las peculiaridades regionales, los nacionalismos, las minorías. Los mismos partidos de vocación internacional, que continuamente tien-



El Parlamento europeo en Estrasburgo: una fuerza moral.

den a unificarse en el nivel europeo, sufren escisiones en sus propios países. España es probablemente el ejemplo máximo de esta simultaneidad de movimientos contrapuestos, como consecuencia de la explosión democrática: continuamente estamos asistiendo a esfuerzos unitarios y a rupturas personales. Las fórmulas que se buscan en todas partes para resolver esa situación son las del viejo "in pluri-bus unum", la unidad en la pluralidad. Nada puede impedir, sin embargo, que cualquier tropiezo económico dentro de un país de los que ya pertenecen a la Comunidad

se atribuya a esa misma comunidad: como las alzas de los precios, la inflación o el desempleo. Por otra parte, miles de años de sentimientos nacionalistas, de retórica de la patria, entorpecen todavía esta sensación de cesión que debe hacerse para pertenecer a una unidad mayor que podría absorber ciertas formas de comportamiento tradicional que se consideran como sagradas y como identificadoras. Todos queremos sentirnos europeos, pero siempre a través de "lo nuestro", de nuestra identidad y de nuestra ciudadanía.

Los partidos que se están inter-

nacionalizando, cuando no tenían ya vocación internacionalista, son los clásicos de occidente: socialistas y afines, liberales y conservadores —viejos enemigos en Europa y ahora unidos en una forma de la derecha—, demócratas cristianos y otros centristas o derechistas. Y, naturalmente, el eurocomunismo, como fuerza nueva. El Partido Popular europeo estaría formado por los demócratas cristianos y algunos partidos conservadores. Los liberales están ya dentro de una federación que reúne trece partidos europeos (más de uno en representación de algún país). Los socialistas tienen montada desde hace tiempo su Internacional, aunque con alcance extraeuropeo; les es fácil orgánicamente formar dentro de ella un grupo europeo, que presentase una candidatura común, un programa común, quizá con la alianza de algunas socialdemocracias —otras se irían con los liberales o con los demócratas cristianos—; se sabe, de todas maneras, que hay dentro del grupo socialista las tendencias que se han llamado Norte y Sur, por la localización geográfica de sus partidos, más a la izquierda esta última que la otra. Pero a la hora electoral pueden limarse esas diferencias que retrasarían su predominio: la mayor parte de los observadores europeos coinciden en creer que el Parlamento de Europa estará dominado por los socialistas o tendrá una mayoría socialista. Lo cual deberá plantear un conflicto grave con las estructuras económicas de la Europa actual, que son fuertemente capitalistas y están basadas en otra forma de unidad que la izquierda no conoce: la del dinero, la de las multinacionales.

Aquí se plantea el problema principal del Parlamento europeo: su capacidad de orientación y de determinación del grupo de países que lo forman. Y también se trasluce una de las grandes formas de oposición a este Parlamento. En las democracias representadas ahora el Parlamento es soberano porque representa al pueblo. Ante él es responsable un Gobierno, incluso un jefe de Estado. El Parlamento de Estrasburgo no tiene actualmente ese derecho. En teoría, puede llegar a destituir la Comisión Europea, puede determinar los presupuestos, puede hacer comparecer a los mi-



El primer ministro belga, Tindemans, recibido en Madrid por Gil-Robles y Ruiz-Giménez, del Equipo Demócratacristiano.

nistros para rendir cuentas. En la práctica se reduce a nada. Pero tiene una fuerza moral que se multiplicará en el momento en que los parlamentarios sean elegidos por sufragio universal y representen a partidos que sean grandes unidades europeas. En ese momento podrá establecer un programa a nivel continental y forzar a los dos organismos rectores, la Comisión y el Consejo de Ministros, a mantenerse dentro de él. Más importante: será de este Parlamento de donde salga, en el futuro, el Gobierno Común europeo. Pero para esto tendrá que pasar mucho tiempo. No estamos todavía en la mentalidad necesaria para admitir esa supranacionalidad. Y no está el capitalismo europeo en condiciones de someterse a un control que, según los datos más significativos de la Europa de hoy, podría tener una mayoría de izquierdas.

Para esa mayoría de izquierdas en Europa es preciso que transcurran algunos acontecimientos: que en cada país se confirme lo que ahora son indicios o frustraciones. La izquierda italiana es fuerte, pero no puede gobernar directamente por imposición de las superestructuras europeas que están en la línea imperial. La izquierda francesa va a ganar las próximas elecciones, según todos los observadores: las derechas están maniobrando rápidamente para minimizar la importancia de lo que va a ser su derrota. En Francia se producirá, en la eventualidad de esa mayoría de izquierdas, el choque entre un jefe de Estado de la derecha y un Parlamento de la izquierda. En el Norte perseveran las socialdemocracias, pero bastante desnaturalizadas por su servicio al capitalismo.

¿Cómo se va a trasladar todo esto al Parlamento europeo? ¿Qué ocurrirá cuando se incorporen de pleno derecho naciones que están a la puerta de la Comunidad, como Grecia, Portugal y España? ¿Qué influencia van a tener los comunistas, los eurocomunistas, que tienen grandes masas de votantes en Italia y en Francia? ¿Cuál será el peso de los sindicatos cuando se construyan a nivel europeo?

Todo ello forma por ahora una

serie de incógnitas sobre las que sólo se pueden hacer conjeturas. La principal es ésta: que las elecciones de junio de 1978 van a ser un paso muy importante, pero sólo un paso. Y que, a largo plazo —un plazo bastante largo, quizá más allá de la supervivencia de las generaciones activas presentes ahora—, Europa tendrá que estar formada como una unidad federal. Para que ese plazo se cumpla es preciso prepararse desde ahora.

No hay una doctrina oficial española respecto al Parlamento europeo. Sería prematura, dado que España está fuera de la Comunidad. Pero tampoco existe con claridad en los partidos políticos que, efectivamente, están trabajando ya en el extranjero y sumándose a las grandes federaciones que se forman. Tampoco se ha dejado oír la voz de las distintas nacionalidades del Estado respecto a esta integración en un organismo más amplio. Todo ello parece lógico, dada la misma inseguridad de las estructuras españolas y la urgencia de actuar, en primer lugar, dentro de un contexto nacional.

Pero todo ello urge la creación de un Parlamento verdadero. Un Parlamento de representaciones genuinas de las distintas opciones nacionales, en el que pueda desarrollarse un debate amplio sobre los aspectos políticos —y, naturalmente, los económicos— que puedan producirse con respecto a la integración en Europa. Aunque el tiempo que falta para una verdadera unidad europea es mucho, debemos considerar que llevamos ya un enorme retraso respecto a los demás países. Si una verdadera forma política europea falta, lo cierto es que hay una realidad de sentimiento europeo en los actuales nueve miembros, y que a nivel de vida cotidiana se advierte ya seriamente una mentalidad común —aunque siga existiendo, o coexistiendo, la tendencia centrífuga—: lo cual no sucede en España, donde las declaraciones de europeísmo son más vocacionales que reales y donde muchos quieren seguir continuando ajenos a todo. Este retraso puede llegar a ser grave en el futuro. ■

INTERNACIONAL FASCISTA

Los agentes de Chile en el mundo

EN "El Sol", de México, y en "Le Soir", de Bruselas, se ha publicado un documento en el que se demuestra la existencia de una red de pistoleros chilenos que actúan en el mundo para acabar con los enemigos de Pinochet. Estos asesinos estarían adiestrados en cursos de "grupos antiguerrillas" que se realizan en la ciudad de Manaus, Brasil, y tendrían núcleos importantes en Europa: principalmente en Italia, según "La Stampa" de Turín.

El documento es una carta del jefe de la DINA —la CIA de Chile—, Manuel Contreras Sepúlveda, dirigida al propio Pinochet. "El sol" y "Le Soir" publican fotografías de la carta, debidamente sellada y numerada en los registros oficiales, datos que dan sensación de autenticidad. El documento ha sido obtenido por los resistentes chilenos.

En la carta se pide a Pinochet un aumento de los fondos para la DINA, especialmente destinados a los agentes que trabajan en el extranjero, muchos de ellos agregados a Embajadas como diplomáticos o simples funcionarios. Estos agentes se utilizan "para la neutralización de los principales adversarios de la junta de Gobierno en el extranjero" y se citan países como México, Italia, Argentina, Costa Rica, Estados Uni-

dos y Francia, donde los servicios de Policía han detenido algunos chilenos sospechosos de actividades de terrorismo. Entre las víctimas de estos agentes estarían ya el general Prats en Argentina —donde los propios agentes nacionales han contribuido a "limpiar" de refugiados allendistas el país—; el ministro de



Carlos Prats: entre las primeras víctimas.

Allende, Letellier, en Washington, y Leighton, en Italia (que ha sobrevivido a las heridas que le produjeron en el atentado).

Estos agentes gozarían en los países donde trabajan de la ayuda y la colaboración de los grupos fascistas nacionales, dentro de una supuesta "internacional fascista", y estarían en relación directa con agentes gubernamentales de otros servicios, como los argentinos de Videla, los cubanos exiliados, los italianos de la "trama negra", antiguos nazis alemanes, servirían de ayuda a estos agentes chilenos, que se la prestarían a ellos a su vez.

Los atentados contra personalidades chilenas en el extranjero han sido denunciados siempre por la Junta chilena como "arreglos de cuentas" entre los propios exiliados, y Pinochet se ha apresurado siempre a expresar su pesar por tales hechos.



Bernardo Leighton: atentado en Roma.